

PQ6186

V3

V. 5

MADRID, 1903.—Ricardo Fé, impresor, Olmo, 4



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

## NOTAS BIOGRAFICAS Y CRÍTICAS

Las notas biográficas y críticas, que ha de contener este tomo V, serán el complemento de mi obra. Algo quiero decir en ellas singularmente de cada uno de los 152 poetas de quienes en el FLORILEGIO se insertan composiciones.

Evidente es, por lo tanto, que yo no puedo ni debo extenderme en escribir la vida de cada uno, propósito que requiere siempre prolijas investigaciones y mucho mayor espacio del que yo dispongo. Esta dificultad es mayor en el día en que tal vez se investiga y se profundiza demasiado y en que sobre cualquier personaje, aunque sea poco importante y de cuarto ó quinto orden, el historiador crítico que le toma por su cuenta no cree que dilucida y juzga bien cómo vivió, cuanto hizo y cuanto dijo, si no compone un tomo de 600 á 1000 páginas, autorizándolo é ilustrándolo todo con riquísima copia de documentos fehacientes.

Yo me limitaré, pues, á decir con sobriedad

010508



y modestia algunas pocas palabras sobre la vida de cada poeta y un breve juicio de sus obras en general, examinando y estimando más detenidamente las que en esta colección van insertas. Cuidaré también de remediar ó de suplir aquí las faltas y omisiones que en mi introducción y en los artículos contenidos en el primer tomo pueden notarse, no repitiendo lo ya dicho allí acerca de algunos poetas, y procurando apreciar y tasar el mérito de otros, no mentados ó apenas mentados en la introducción y artículos susodichos.

---

**Don Juan Meléndez Valdés**

va al frente de los líricos españoles del siglo XIX, ya que, sea cual sea su mérito relativo ó absoluto, debe ser considerado, como el principal restaurador de las buenas letras en España, reconocido como tal por sus ilustres contemporáneos, Cالدالو, Fray Diego González y Jovellanos, y no menos ensalzado y respetado luego por sus gloriosos discípulos, entre los cuales descuella Quintana. Á la vida que éste escribió de su maestro, con tanto primor como entusiasmo, remitimos á quien desee conocerla en sus pormenores. Bástenos decir aquí que Meléndez nació en Ribera del Fresno el 11 de Marzo de 1754. Protegido por el Obispo de Segovia D. Alonso de Llanes, algo pariente suyo, estudió las Humanidades y pasó luego á Salamanca á seguir la carrera de leyes. Pronto se distinguió como poeta y cobró

extensa y envidiable fama. Sabio jurisconsulto también, íntegro y laborioso, obtuvo y desempeñó importantes empleos en la magistratura. Su carácter, más dulce que enérgico, la fuerza de las circunstancias y la agitación de una época de guerras y trastornos, le llevaron, sin duda contra los generosos impulsos de su corazón, si no á seguir el partido, á someterse á los invasores franceses, aceptando de ellos empleos y honores. Terminada la guerra de la Independencia, vencido Napoleón y restaurado Fernando VII, Meléndez, pobre y desvalido, tuvo que expatriarse en Francia, y murió en Montpellier el 24 de Mayo de 1817.

Sus restos mortales han sido recientemente restituidos á la patria. Con esta ocasión reverdecieron el recuerdo y la fama de Meléndez; volvió á ser celebrado su estro poético, y el que escribe ahora estos apuntes tuvo la honra de encomiarle en un discurso leído en la Real Academia Española.

Quizás en este discurso, como en la precitada vida que Quintana escribió de Meléndez, se prodiguen á este poeta alabanzas en demasia. Quizás nadie le ha juzgado con más imparcialidad y tino que D. Antonio Alcalá Galiano en un bello artículo crítico que puede leerse en el tomo LXIII de la Biblioteca de Rivadeneira, y que precede á las poesías del vate extremeño.

No poco dista este vate de que podamos calificarle de *genio*, calificación de la que en el día con profusión se abusa; pero fué un lírico ele-



gante y fácil, de apacible y suave fantasía, de sensibilidad viva y delicada, aunque no profunda, y de inspiración, estilo y lenguaje, muy españoles, á pesar su admiración y de su conocimiento y estudio de no pocos poetas extranjeros, muy en moda en su tiempo, como los ingleses Thomson y Pope, el francés Delille, el alemán Gesner y el italiano Metastasio. Tal saber y tal afición á poetas extranjeros y más aún á transpirenaicos pensadores y prosistas, prestaron á Meléndez carácter y modo de ser muy propios en su época para que fuese comprendido y popular, sin que por eso se perdiese ó se bastardease la condición castiza de su labor poética.

Resulta de aquí que Meléndez sea el más celebrado entre los poetas de su tiempo, descolando por el conjunto de cuanto escribió sobre no pocos otros que en algunas determinadas composiciones se le adelantaron y sobrepusieron, mostrando prendas que él no tenía. Por el hondo sentimiento de la naturaleza y por la energía moral del espíritu, nada hay en Meléndez superior á Jovellanos en la descripción del Paular y en las Sátiras. Moratín (D. Leandro) acaso vale más también por la nitidez del estilo, por la corrección, elegancia y pureza del lenguaje, y en algunos, aunque pocos versos, por una sensibilidad más pura y más sincera. El brio, la gracia, la espontaneidad y el espíritu verdaderamente español de Moratín (D. Nicolás), no tienen tampoco en Meléndez nada que

los eclipse, ni siquiera que los iguale, cuando dan muestra de sí en las famosas quintillas, en varios romances caballerescos y moriscos y en la linda oda al torero insigne Pedro Romero.

Meléndez, no obstante, aunque así vencido en parte por el singular valor de algunas composiciones, vence y domina á todos los mencionados poetas por la totalidad fecunda de su obra.

Bien merece, pues, el título de principal restaurador de las buenas letras en España é ir á la cabeza de nuestros líricos del siglo xix.

Sus endecasílabos, sus églogas, aunque huelan á tomillo, y sus odas y epístolas filosóficas y encumbradas, si son siempre estimables, no se ha de negar que ofrecen en el día escaso atractivo y deleite al vulgo de los lectores. En alguno de sus versos, pongamos por caso en los muchos que compuso á la palomita de Filis, se nota hoy con pena una pueril y empalagosa dulzura. Pero estos mismos defectos, tan del gusto de la época en que escribió Meléndez, conquistaron entonces para él mayor nombradía y más decidido favor del público, con cuyas aficiones coincidía el poeta y se ponía en íntima y completa concordancia.

En cambio, gran número de romances y letrillas, casi siempre de asuntos amorosos, ya por la viveza y primor de las descripciones, ya por la elegante y sencilla expresión de los bien sentidos afectos, tienen y tendrán siempre mucho encanto y su lectura agrada á cuantos entienden y sienten la poesía y saben ver y apreciar



las bellezas que puede mostrar y con que puede engalanarse el habla de Castilla.

Modelo y dechado de tales perfecciones son, á mi ver, la letrilla *El despecho* y el romance *Rosana en los fuegos*, que en esta colección insertamos.

**Don Gaspar Melchor de Jovellanos** es acaso la más noble y bella figura que aparece y descuella á fines del siglo XVIII y principios del XIX, en la historia de nuestra patria. Imposible sería contar aquí su importante vida, aun resumiéndola con extraordinaria concisión, porque es muy pequeño el espacio de que podemos disponer y los acontecimientos que sería menester referir son los mayores y más trascendentales que en aquella época se realizaron. Remito, pues, á quien desee enterarse de dicha vida, á la que con tanta elegancia, imparcialidad y tino, escribió D. Cándido Nocedal, y puso al frente de las obras del egregio patricio asturiano, publicadas en la Biblioteca de Rivadeneira.

Bastenos decir ó recordar aquí que Jovellanos nació en Gijón el 5 de Enero de 1744 y murió en Puerto de Vega el 27 de Noviembre de 1811.

Generoso protector de literatos, poetas y artistas, gran promovedor de la cultura intelectual, del bienestar y de la riqueza de su patria, sobresalió entre sus contemporáneos por su variado saber, por la elevación de sus miras

y de sus pensamientos y por la castiza, correcta y gallarda forma de los muchos escritos que sobre tan diversos asuntos y materias escribió y dió á la estampa. Si colocamos y apartamos en mucho más alto lugar al manco de Lepanto, y si prescindimos de algunos eminentes autores de obras místicas, devotas y ascéticas, y de tres ó cuatro historiadores de los siglos XVI y XVII, bien puede afirmarse que fué Jovellanos quien hasta entonces tuvo más brillante y firme estilo y escribió mejor la prosa castellana. Y así en lo que escribió, como en los actos todos, privados y públicos, de su activa y fecunda existencia, fué, á mi ver, su mayor mérito el claro y evidente testimonio que dió siempre su alma de que conservaba estrechamente enlazados en ella la profunda fe religiosa, patriótica y monárquica, de los más ejemplares varones españoles de las antiguas edades, sin el menor atavismo y sin nostalgia retrospectiva, sino de acuerdo con las ideas de su siglo y con cuantos planes y generosos propósitos pueden concebir hoy y anhelan realizar la voluntad más liberal é ilustrada y el recto y sereno juicio.

Ni por su propensión á todo prudente y moderado progreso, ni por lo más esencial de sus opiniones políticas y administrativas, hubo nadie, en el año de 1808, con mayor motivo ó si se quiere con mayor disculpa que Jovellanos para ser afrancesado. Á serlo, le convidaban y excitaban sus amigos con súplicas y con ejemplos. Cabarrús, Mazarredo y Urquijo, lo eran.



A serlo, el nuevo poder triunfante le llamaba con sus halagos, nombrándole Ministro del Rey intruso. Y para que lo fuese bien podían disipar toda consideración escrupulosa la multitud de injustas persecuciones, la serie de agravios, el destierro y la prisión con que le castigó y probó su fidelidad la dinastía destronada. Jovellanos, no obstante, no vaciló un momento solo, y poco después de salir libre del castillo de Bellver, rechazó el favor y la posición con que José Bonaparte le brindaba, y se puso del lado de los que se alzaron contra él, anhelando romper su cetro. La serenidad estoica, el fervoroso patriotismo, la fidelidad á sus legítimos príncipes y los más puros sentimientos religiosos, monárquicos y castizos, resplandecen en todos los actos del noble patricio, pero más que nunca en aquella solemne ocasión y en los últimos casos de su gloriosa vida.

Si Jovellanos no hubiera sido más indulgente y blando, que adusto y severo, mejor de él que de Alfieri, hubiera podido decir Leopardi:

*Disdegnando e fremendo immacolata  
Trasse la vita intiera  
E morte lo scampò dal vedel peggio.*

No quisiera yo pecar de maldiciente pesimista, apartándome de mi ordinario modo de pensar, pero recelo que Jovellanos, si más hubiera vivido, hubiera tenido que ver y que sufrir cosas mucho peores: sospechoso ó culpado de liberalismo, de 1815 á 1820 hubiera ido á la

emigración, de nuevo al castillo de Bellver ó quizás al presidio de Ceuta: y desde 1820 á 1823 no es extraño imaginar que le hubieran perseguido, silbado y tal vez apedreado por fanático, clerical y oscurantista.

Indicios de que las cosas hubieran sido así, á seguir viviendo Jovellanos, se advierten en su fama póstuma, y singularmente en la estimación, poco lisonjera, que como á poeta por lo común se le concede. Influyen en esto dos motivos, tan naturales y frecuentes como infundados. Es el primero, que después de asegurar que Jovellanos fué correcto y elegante prosista, algo filósofo, jurisconsulto, perito en bellas artes, economista, arqueólogo, etc., la gente se cansa de elogiar y escatima el elogio ó se niega á darle á sus composiciones de poeta. Y es el segundo motivo, lo arraigada que está en casi todos los espíritus, aún sin darse cuenta de ello, la sentencia, atribuída por Horacio á Demócrito, de que para ser buen poeta se requieren más vehemencia, desequilibrio y apasionado fervor de sentimientos, y cierta falta de serenidad y de reposo en el ánimo. Pero á pesar de la sentencia de Demócrito, y aunque sea alguien el más tranquilo, juicioso y equilibrado de los hombres, todavía podremos preconizarle de buen poeta por lo correcto, rico y primoroso de su dicción, por sus versos bien medidos y sonoros y por la elevación en su sentir y en su pensar, así cuando el alma contempla la naturaleza y comprende y goza su hermosura, como cuando



penetra en el propio centro buscando y tal vez hallando allí lo infinito.

No aseguraré yo, por muy simpático que me sea Jovellanos, que se den muchas veces en sus versos las precitadas excelencias. El amaneramiento pseudo-clásico apaga en Jovellanos el fuego de la inspiración y abate el vuelo de su fantasía. Sus ternezas eróticas, sus travesuras anacreónticas y sus piropos y requiebros á las zagalas, no agradan ni pueden agradar mucho en el día; pero, cuando abandona su culto á las musas, á Citerea y Apolo, huye del Pindo y vuelve al Auseva, reniega de los dioses del gentilismo y piensa en el único Dios de los cristianos y se olvida de Grecia y de Roma, por amor á España, su piedad religiosa, el amor que le inspira la contemplación del universo visible, su ardiente y sincero patriotismo, y su vigorosa indignación contra los vicios, pecados y bajezas que empañan el lustre de su pueblo, convierten á Jovellanos en poeta verdadero y legítimo. Acaso la composición en que dan más clara muestra de sí los mencionados afectos y nobles cualidades, es la epístola á Anfriso, donde el poeta describe el Paular en tan hermosos como sentidos versos. Recogida allí su alma en austera y esquiva soledad, en el seno agreste y enriscado de los frondosos bosques, contempla con deleite á la naturaleza, la comprende y la ama, y por esta comprensión y por este amor, se eleva hasta el Dios que la ha creado.

Mas originales que los versos en el Paular,

más vigorosas y con menos precedentes en la historia de nuestra poesía, son las dos sátiras que hemos insertado en este FLORILEGIO. Si hay en ellas reminiscencias é imitaciones de otras sátiras latinas ó españolas, el sentimiento propio del poeta nos obliga á olvidarlo ó á no verlo y á reconocer que habla ó escribe sin otro modelo y sin otro ejemplo que la voz de su conciencia.

En realidad, no pertenecen estas dos sátiras á la poesía del siglo XIX. Casi faltaban aún veinte años para que el siglo XVIII terminase, cuando estas dos sátiras se escribieron; pero tal vez por eso mismo merecen ir al frente de nuestras poesías del último siglo pasado. Son fatídicas: están llenas de vaticinio. Las radicales mudanzas que iba á haber en toda Europa, se pronosticaron allí en términos claros:

..... el más humilde cieno  
Fermenta y brota espíritus altivos,  
Que hasta los tronos del Olimpo se alzan.

Pero al poeta nada le importa la revolución.  
La considera justificada. Venga, dice,

La humilde plebe en irrupción y usurpe  
Lustre, nobleza, títulos y honores.  
Sea todo infame behetría; no haya,  
Clases ni estados. ....

Suena todo esto como maldición eficaz y como amenaza que se cumple. La nobleza que suscita maldición y amenaza, está pintada con negros colores; pero bien se advierte que no hay hinchada declamación en quien escribe, y que no



es el odio, sino la piedad ó la devota inclinación á la moral, á la justicia y al orden, quien mueve su pluma.

Tal vez antes de escribir sus dos sátiras Jovellanos, Parini había escrito, si no todo, parte del *Giorno*: tal vez *Il matino* había llegado á las manos y al conocimiento de nuestro poeta; pero tanto la inspiración, como la manera de expresarla, son hartó diferentes en el vate de Italia y en el de España: en Parini prevalece una refinada, persistente, elegantísima y graciosa ironía, que se complace en pormenores, filigranas y delicados perfiles: en Jovellanos todo es conciso, enérgico y rudo. El asunto que tratan ambos poetas viene á ser el mismo, pero son tan opuestos los modos de tratarle, que anulan la semejanza y se oponen á la comparación entre ambas composiciones. Sólo coinciden, una y otra, bajo el predicamento de buenas.

No cabe aquí poner notas ó comentarios que aclaren algunos pasajes oscuros en el día para la generalidad de las gentes, de las dos sátiras de Jovellanos. Bástenos decir, para terminar, que todavía castigó y azotó Jovellanos con mayor dureza y con más marcada intención política, los vicios de su tiempo en algunas otras composiciones suyas, pero fué en ellas menos poeta, menos artista y hartó más desaliñado. Así, por ejemplo, en los versos que llevan hoy por título *Manifestación del estado de España, bajo la influencia de Bonaparte, en el Gobierno de Godoy*, donde llega á exclamar nuestra nación personificada:

Los talleres desiertos, del arado  
Arrumbado el oficio,  
El saber sin estima, en trono el vicio,  
La belleza á la puja, Marte airado,  
Sin caudillo las tropas....  
¿Tornan, Señor, los tiempos de Don Opas?

Versos á la verdad, donde aflige casi tanto como las amargas verdades que se expresan, el desmayado y prosaico tono en que son expresadas.

**Don José de Vargas y Ponce** nació en Cádiz el 10 de Junio de 1760. Sirvió á su patria en la Marina de guerra, tomando parte y distinguiéndose en varias campañas de mar y otras empresas militares, así como también en la composición del excelente atlas hidrográfico de Tofiño.

Su bien cultivado entendimiento y su decidida y constante afición á las ciencias y á las letras, le dieron muy estimables y sazonados frutos y le granjearon merecida fama.

Sus principales obras en prosa son, además de las muchas facultativas y propias de su profesión de marino, los elogios y las vidas de don Alonso el Sabio, de Ercilla, de los tres generales Oquendo, de Pedro Niño primer Conde de Buelna, de Ambrosio de Morales, de Juan Sebastián El Cano, de D. Juan José Navarro primer Marqués de la Victoria, de Pedro Navarro, de Hugo de Moncada y de D. Vicente Tofiño.



No pocos de los escritos de Vargas Ponce ó han quedado inéditos ó son ya raros, aunque estén impresos.

Si llega á continuarse la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra, como parece que piensan en realizarlo los Sres. Bailly-Baillère y la viuda de Rodríguez Serra, sin duda contendría dedicar un tomo á lo más escogido de cuanto escribió en prosa Vargas Ponce.

Como poeta no traspasó nunca los límites de una culta y agradable medianía, pero sus chistes urbanos y alegres y sus sátiras sin hiel, le hicieron muy popular y celebrado en su tiempo. Todavía se lee con gusto la *Proclama del solterón*, que en nuestro FLORILEGIO va incluida, y en la cual, á pesar de estar escrita en combinación de rimas y en metro tan artificiosos como las octavas, hay tan sencilla naturalidad y gracia tan fácil y espontánea, que no pocas personas, y particularmente las mujeres, que son las criticadas, guardaron durante muchos años en la memoria y recitaron con deleite, largos trozos y hasta toda la mencionada proclama, aunque no es corta. Quien esto escribe recuerda que en su mocedad y antes de leerla la oyó con frecuencia en labios femeninos.

Muy diverso carácter tiene esta sátira de las dos tan celebradas de Jovellanos. No la inspira la alta indignación que sentía Jovellanos al notar los vicios y la corrupción de su patria. No imita tampoco el enérgico estilo con que zahiere Juvenal las maldades, el impudor y los cri-

menes de las pervertidas damas romanas de la decadencia. Ni hay tampoco, en la proclama de Vargas Ponce, nada parecido al tono hiperbólico y mordaz que pone tanto vigor, aunque algo afectado, declamatorio y artificioso, en la sátira contra el matrimonio de Quevedo.

Vargas Ponce, aunque coincida á veces en el asunto y en varios pormenores, no sigue las huellas ni el ejemplo de Juvenal, de Quevedo y de Jovellanos al escribir su proclama. Sólo sigue y sólo dice lo que su propia observación y sus ideas y sentimientos le sugieren. Nada más natural, más espontáneo y más sencillo, que su sátira. Es una burla graciosa y ligera, sin amargura y hasta mitigado lo picante por muy fina galantería, de todos los defectos, caprichos y extravagancias de las mujeres de entonces. Mas que de encumbrado poeta, da muestra Vargas Ponce, en su proclama, de hábil versificador y de chistoso, popular y desenfadado *coplero*, sin que este vocablo de coplero rebaje, en mi sentir, el mérito de la obra, aunque explique bien la aprobación y el general aplauso que obtuvo.

Réstame decir que Vargas Ponce, no menos estimado como sabio y erudito, que por el gracioso y ameno prosaismo de sus versos, perteneció á las Reales Academias Española y de Nobles Artes, y fué durante algún tiempo Director de la de la Historia.

Diré, por último, que se distinguió por su odio contra las corridas de toros elocuentemen-



te manifestado en discursos, escritos y poesías, entre las cuales fué muy leída y recitada, en el primer tercio del siglo XIX, la que compuso en un romance á D. Angel de Saavedra, más tarde Duque de Rivas y famoso autor del *Don Álvaro*, que en su florida mocedad se complació en ser torero de afición como otros jóvenes de la aristocracia.

---

**Don Leandro Fernández de Moratín** nació en Madrid el 10 de Marzo de 1760. Fué hijo del notable poeta lírico D. Nicolás, á quien no igualó en estro, en imaginación y en energía de estilo, pero á quien superó en elegancia, en sana y atinada crítica y en alta concepción y entusiasta amor de toda natural y artística belleza.

No entra en nuestro plan, ni cabe en este libro dar detenida noticia de la vida de cada uno de los poetas de los que hemos incluido composiciones en el FLORILEGIO.

Baste decir aquí que D. Leandro ejerció el oficio de joyero en casa de su tío D. Melitón, antes de darse á conocer y distinguirse como literato.

Encomiado y animado por el sabio escolapio D. Pedro Estala, y protegido más tarde por el Conde de Cabarrús, acompañó á éste en París como Secretario, donde conoció y trató á Goldoni.

En certámenes de la Real Academia Españo-

la, obtuvo dos accésits, pero nunca el premio.

Fuerza es confesar que la Real Academia Española, al menos al examinar la *Lección poética, sátira contra los vicios introducidos en la poesía castellana*, anduvo poco acertada en su juicio. La posteridad ha puesto la *Lección poética* muy por cima de la composición de D. Juan Pablo Forner, que fué la que consiguió el primer premio.

Protegido Moratín más tarde por D. Manuel Godoy, Príncipe de la Paz, escribió varias comedias, que se representaron y fueron muy aplaudidas, singularmente *El café ó la Comedia nueva* y *El sí de las niñas*, ambas en prosa.

Así por sus obras para el teatro, como por sus elegantes poesías líricas y por el ameno y gracioso escrito satírico en prosa *La derrota de los pedantes*, el crédito y la fama de Moratín, crecieron y se afirmaron.

El agradable viaje que hizo por Francia, Inglaterra, Bélgica é Italia, ilustró más su espíritu, prestándole cierto carácter cosmopolita, que no eclipsó nunca, por dicha, lo castizo y radicalmente español que en él había

El clasicismo de Moratín, su observancia severa de las reglas del arte, y su firme oposición al desenfreno de poetas y de escritores, en quienes ya la antigua y alta inspiración española no disimulaba ni compensaba los errores, distan mucho de ser prueba de que fuese Moratín un apasionado y servil imitador de los autores franceses. Quería en España y para España el orden, la mesura, la sobriedad juiciosa y la



firme y limpia nitidez en el pensamiento y en su expresión por medio de la palabra; pero nada de esto se oponía á su patriotismo literario y á la fervorosa admiración con que miraba á nuestra literatura á pesar de los extravíos y defectos de no pocos de los poetas que más la honraron y enriquecieron en su brillante y gloriosa edad de oro.

Consideradas las cosas sin pasión, la censura de los defectos, la burla de los extravíos, todo cuanto en Moratín es crítica negativa, me parece razonable y fundado, lo mismo cuando señala y pone de realce las faltas de nuestros autores dramáticos, que cuando traduce el *Hamlet* de Shakespeare y señala, nota y condena sus rudezas, rarezas y extravagancias.

Acaso pueda Moratín merecer la acusación de ser deficiente en la crítica positiva, ó dígase en la alabanza; de que encadenado y como abrumado su juicio estético por la estrecha sumisión á los preceptistas de moda en su tiempo, no acierte á descubrir las bellezas y sublimidades de esos mismos autores, cuyas faltas nota y zahiere, ni llegue á compensar con el encomio el agravio quizás, harto irrespetuoso, pero no completamente injusto, que censurándolos les hace.

Moratín pagó el favor y la protección de Godoy con adhesión y gratitud constantes, pero no con desmedida lisonja, si se atiende al natural y extraordinario respeto que infundían entonces los hombres encumbrados á muy alta posición

y el brillo prestigioso de que se los rodeaba fuesen cuales fuesen el origen y la base de su encumbramiento y poderío. Justo es confesar, además, hoy que miramos desapasionadamente los personajes y sucesos de entonces, que el favorito de María Luisa y de su regio y cándido esposo, estaba moralmente dotado de algunas cualidades estimables y que deseaba aprovechar la elevación en que le había puesto la fortuna para bien, prosperidad y honra, no sólo de sus amigos, sino también de la patria. El carácter dulce de Moratín y la educación que había recibido le inclinaban además á venerar á los poderosos, á reconocer y aplaudir sus aciertos y sanas intenciones y á disimular ó más bien á no ver sus pecados y sus errores. Moratín era pacífico y leal por naturaleza, y su rendimiento y sus elogios al Príncipe de la Paz apenas suponen culpa, y si culpa hubo, bien merece absolución completa.

Por las mismas razones debemos absolverle también de haber sido afrancesado, coincidiendo en esto con otros hombres de no escaso saber, virtud y talento, y de verdadero amor á la patria, como lo fueron los Reinosos, Meléndez, Burgos y Silvelas, todos los cuales de buena fe y con el más acendrado y puro patriotismo pudieron creer y creyeron que convenía más á España aliarse con Francia y tener por Rey á un Bonaparte que sostener con fidelidad heroica la causa y los derechos de una dinastía contra la expresa voluntad de los Príncipes



mismos que de tales derechos se habían despojado.

Como quiera que ello fuese, Moratín se castigó á sí propio y purgó su pecado en la casi involuntaria emigración que le llevó á Francia, donde vivió bajo el amparo de los Silvelas, muriendo en París el 21 de Junio de 1828.

Las poesías de Moratín, incluidas en esta colección, creo yo que son muy características y dan claro testimonio de su sentir y de su pensar, de sus excelentes prendas de poeta y de la candidez, blandura y ligereza infantiles que las amenguaban. Apenas puede concebirse nada más atildado, más sobrio, más elegante y pulido que toda la composición *El filosofastro*. Aquellos endecasílabos sueltos son un primor por la dicción y por la medida: siempre se leen con deleite ya que no se aprendan de memoria.

Nos reimos de D. Ermeguncio, pero no le queremos mal, le perdonamos y hasta nos inclinamos á creer que Moratín se muestra con él sobrado severo, y en no pocas cosas injusto. No merece el pobre don Ermeguncio estimular el enojo de Moratín y ser promovedor de la diatriba que, imitando á Juvenal, lanza contra los hipócritas, que predicán virtud y son viciosos y criminales. ¿Á qué viene imitar aquello de

*Quis tulerit Gracchos de seditione querentes?  
Qui calum terris non misceat, et mare celo,  
Si fur displiceat Verri? homicida Miloni?  
Clodius accuset moechos, Catilina Cethegum?*

¿Qué ha hecho D. Ermeguncio para excitar tanta ira y para renovar sátira tan amarga? Las frases aduladoras que dirige á Moratín ¿qué le valen? Una jicara de chocolate y unos bollos, que apenas valdrían media peseta. Indudablemente y en vista de la mezquindad de la paga, debe presumirse que D. Ermeguncio aduló al poeta más que por interés por afecto bondadoso. ¿Y en qué peca después D. Ermeguncio mientras se toma el chocolate y se come los bollos? ¿Pues qué para condenar la trata de negros y la violencia y la soberbia conque algunas fuertes y ambiciosas naciones europeas se apoderan de imperios y de reinos en el extremo oriente, importa no consumir azúcar y canela? Canela puede haber en mayor abundancia y más barata sin necesidad de humillar á los pueblos en cuya tierra se cría, y también el azúcar puede producirse mejor y á menor precio, y hoy se produce sin duda, sin que haya esclavos que cultiven la caña y que trabajen en los trapiches. Bueno será practicar la virtud y callarse, pero suele ser más útil declamar contra los vicios. El mismo Moratín declama y no se calla. ¿Por qué, si conviene callarse, escribe sátiras y entiende que da lecciones de moral en casi todas cuantas obras líricas y dramáticas compone? Diga el poeta, si así le place, hablando de la virtud,

Dichoso aquel que la practica y calla.

Pero si todos los virtuosos ó no virtuosos declamadores se hubieran callado la trata seguiría

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO KELTÉS"  
No. 1625 MONTERREY, MEXICO



haciéndose á estas horas, habría aún esclavos negros y no porque los hubiese se venderian más baratos el chocolate, los caramelos y los bizcochos blandos y duros,

Que toda absorben la poción suave  
De Soconusco, y su dureza pierden.

Las anteriores observaciones podrán invalidar un tanto la lección moral ó la reprimenda que da Moratin á los declamadores hipócritas, pero en manera alguna invalidan ó disminuyen, la gracia y los chistes urbanos con que la lección está dada. Esta gracia y estos chistes urbanos, abundan y resplandecen en cuanto de satirico ó de cómico escribió Moratin, descollando sobre todo en *El café ó la comedia nueva*, dechado de perfección, rico de sal ática que será admirado siempre por las personas de buen gusto. En *El café* no ocurre además lo que en *El filosofastro*. En *El café* tiene sólido y razonable fundamento la lección, aunque tal vez D. Pedro peque de cruel al darla al infeliz dramaturgo silbado. El propio D. Ermógenes, aunque es graciosísimo pedante, no es moralmente tan perverso y tan ruin como Moratin quiere pintarle. No le parecerla tan mal *El gran cerco de Viena*, cuando tenía la esperanza de que fuese aplaudido, de que produjese dinero y de que hiciese posible su boda con doña Mariquita. El abandono de esta muchacha, después del desengaño, es, á mi ver, un rasgo que acaso hubiera podido suprimirse, porque traspasa los límites de lo cómico

convirtiendo á D. Ermógenes de ridiculo en odioso.

No me incumbe juzgar aquí detenidamente á Moratin como autor de comedias. Vuelvo, pues, á hablar de él como poeta lirico, y á darle sobre todo la grande importancia que tiene y á reconocer el influjo benéfico que como critico y preceptista ejerció en nuestras letras.

El clasicismo ó si se quiere llamémosle pseudo-clasicismo, que reinó en el parnaso español, desde mediados del siglo XVIII hasta la aparición y triunfo de la escuela romántica al terminar el primer tercio del siglo XIX, clasicismo del que fué Moratin el adalid más brillante y poderoso, fué conveniente en extremo para que el recto juicio templase las violencias de la revolución literaria y para que los saltos y vuelos del nuevo Pegaso tuviesen dirección acertada y no lanzasen al público y á los autores en un precipicio lleno de delirantes novedades.

El culto de Moratin á las reglas y su constante sujeción á los preceptos del arte moderaron y moderan aún el ímpetu innovador de toda flameante poesía. La critica segura de Moratin sirvió además á modo de fiel contraste para estimar y tasar el valer de las composiciones sin dejarse arrebatar por mal meditado ó frenético entusiasmo.

Ya se entiende que, si Moratin no hubiera sido poeta, poco ó nada le hubieran valido las reglas; pero Moratin fué poeta, por su exquisita sensibilidad, por su imaginación lozana, por la



viva impresión que la hermosura de la naturaleza le causaba y sobre todo por su amor acendrado y puro á la poesía. Dechado de todas estas excelencias es la *Despedida á las musas* que insertamos en nuestra colección. Yo me inclino á creer que hay mucho de nuevo, de ejemplar y hasta de inaudito en la lírica española en los atildados, sentidos, bellisimos y sonoros versos de la mencionada dulce y melancólica elegía.

¡Cómo extrañar que Moratín, cuya crítica precede á la inspiración y la ilumina, reconozca y celebre su propio mérito, no con tanta soberbia, pero no con menos claro convencimiento que su maestro Horacio! Nada dice Moratín que se parezca al

*Sublime feriam sidera vertice,*

ó bien al

*Exegi monumentum aere perennius,*

pero nos muestra con noble y fundado orgullo, al devolvérselas á las musas, la sonante lira, las flautas de oro y la corona adorno de su frente, corona, lauro y demás espléndidos dones que la posteridad no ha separado de sus obras ni separará nunca.

---

### **Don Juan Bautista Arriaza**

nació en Madrid el 27 de Febrero de 1770. Sirvió primero en la Marina de guerra, fué diplomático más tarde, siendo Secretario de nuestra Legación en Londres, y abandonada por último

la diplomacia, pasó en la Corte el resto de su vida, muy querido y favorecido del Rey Fernando VII.

Murió Arriaza en Madrid en 1837.

Las prendas poéticas de este autor han sido estimadas y juzgadas, con imparcialidad y tino, por el célebre Fernando Wolf, por el Marqués de Valmar, por el Padre Blanco García, y sobre todo, por D. Antonio Alcalá Galiano. Nada tenemos que añadir á lo que dicen estos críticos. Basta remitir al lector á lo que ellos dicen ó repetirlo en resumen.

Hombre de escasa instrucción y ligero además, y poco reflexivo, no pudo Arriaza llegar nunca á la poesía elevada y trascendental, porque ni los estudios ni la ciencia fomentaban su inspiración, y porque carecía del hondo sentimiento y del amor que la contemplación de la naturaleza produce en ciertas almas, ni la suya tenía tampoco la virtud poderosa de reconcentrarse en sí misma, extrayendo de sus abismos bellezas ideales.

Era Arriaza poeta descuidado en la forma, llegando á veces hasta el desaliño. Su fantasía, escasa; su sensibilidad casi ninguna. Fué, no obstante, poeta muy aplaudido y admirado en su tiempo, mereció serlo, y todavía se leen con deleite no pocas de sus composiciones. Débese esto á la rara facilidad, á la gracia y á la agudeza de su ingenio y de su estilo.

Con menos saber que Vargas Ponce se le parece bastante por otras cualidades, superándole en todas ellas, y sobre todo, en lo natural